

negó siempre á hacer la menor concesion á los griegos, por más que reconociesen todas las creencias del catolicismo. Los protestantes, por el contrario, se separaban de Roma en artículos de fe. ¿Y Leibnitz pide á la Iglesia que reconozca como sus hijas á sectas que dicen negro cuando la madre dice blanco? Esto era pedir que Roma abdicase, que se suicidase; Roma perecerá, es cierto, pero no dará á sus enemigos el gusto de suicidarse.

Se ve que la nocion que Leibnitz se formaba de la unidad no era la de la Iglesia. Para aceptar la unidad del filósofo hubiera sido preciso que la Iglesia se hubiera compuesto de filósofos que se mantuvieran por encima de las diversas sectas, interpretando libremente sus disidencias. Esta Iglesia imaginaria no tenía nada de comun con Roma. Por esto Bossuet, uno de los más bellos genios del catolicismo, no comprendió nada de la unidad de Leibnitz. Se le ha criticado diciendo que tenía más imaginacion que talento. Para ser justos, habria que decir que Bossuet y Leibnitz hablaban un lenguaje diferente: el uno era católico, el otro, á despecho de su ortodoxia, era filósofo: hé aquí por qué no se entendian. Bossuet quería la unidad romana, la unidad sin disidencia; los protestantes la habian roto sin razon; no habia más que un medio para ellos de restablecerla, y era volver á entrar en el seno de la Iglesia, retractándose de sus errores. Bajo este punto de vista, y para un católico no hay otro, Bossuet no pedia una unidad filosófica, puramente aparente. Para él la transaccion no tiene sentido; ¿se transige con Dios? Ahora bien, la Iglesia es el órgano de Dios, se confunde con Dios. Así es que á pesar de toda la urbanidad francesa, Bossuet tiene en su correspondencia con Leibnitz el tono de autoridad propio de su Iglesia; está tan acostumbrada á dominar, que trata de mandar, aun cuando parece prestarse á una discusion. Si quiere condescender á discutir, es á condicion de que se obedezcan sus palabras como la palabra de Dios. Bossuet, escribiendo á Leibnitz, tiene el aire de un profesor en presencia de sus discípulos.

¿Por qué Leibnitz, cuyo talento era infinitamente superior al del obispo de Meaux, se sometió á este humillante papel? La unidad que pretendia tenía tan poco valor filosófico, como importancia teológica. Tal como la concebía hubiese sido una simple coexisten-

cia de las diversas sectas cristianas. ¿A qué esa apariencia de unidad? No hubiera impedido la divergencia de opiniones, puesto que Leibnitz mantenía á los protestantes en sus principios. Ahora bien, aquellos principios tendian al socinianismo, y el socinianismo no es más que una forma del racionalismo. La unidad de Leibnitz no hubiera, pues, evitado ninguno de los males que temía; la guerra civil hubiera cundido en el seno de su Iglesia, y la hubiera desgarrado. Si la unidad hubiera sido verdadera, una unidad católica, como la de la Edad Media, hubiera sido más funesta todavía, porque hubiera destruido la libertad del espíritu humano. La libertad y la unidad romana son incompatibles; las cruzadas contra los herejes y las hogueras de la inquisicion son testimonios sangrientos del respeto que la Iglesia, una é infalible, tiene hácia las inevitables disidencias de la libertad. La unidad absoluta es un falso ideal, porque vicia la creacion en su esencia, matando el principio de la individualidad.

IV.

¿No se propuso Leibnitz otro fin que el de la unidad, sea aparente ó sea real? Si así fuese habria que tener lástima de los esfuerzos en que se consumen los más grandes genios. Creemos que el filósofo tenía tambien otros pensamientos que los que acabamos de criticar; su unidad no era teológica, sino filosófica. La unidad romana implica que fuera de la Iglesia no hay salvacion. ¿Era ésta tambien la opinion de Leibnitz? No puede creerse; la unidad, tal como la concibe, prueba lo contrario; los protestantes hubieran conservado *sus principios integros*, hubieran, pues, seguido siendo protestantes, lo cual no les hubiera impedido salvarse. Si los protestantes pueden salvarse sin entrar realmente en la Iglesia, ¿por qué no han de poder salvarse los infieles, los judíos, los libres pensadores? Estamos, pues, fuera de la unidad católica, en una unidad más comprensiva, realmente universal, puesto que comprende á todo el género humano. ¿No habria sido esta la opinion de Leibnitz? Es positivo que, por poco consecuente que fuese, debia tener esta creencia. Sigámosle en su correspondencia con Pelli-

son. Ciertas almas pequeñas se habían empeñado en convertir al filósofo para salvar su alma. Nada más interesante que ver la cortesía de Leibnitz luchando con sus convicciones; necesitó todo su arte diplomático para librarse de aquellos salvadores. Tratemos de descubrir su verdadero pensamiento.

Leibnitz es demasiado cortés para asustar á su corresponsal, que tenía todo el celo de un nuevo converso. Se parapeta detrás del nombre, entónces imponente, de la Compañía de Jesús: «¿No enseñan los jesuitas que el amor de Dios y la union con él bastan para salvarse, sin necesidad de otro conocimiento?» Pellisson no había aprendido el catecismo con los reverendos padres; responde que con semejante máxima no quedaria ya ni religion, ni Iglesia: «Si alguna vez, dice, las puertas del infierno pudieran prevalecer contra Jesucristo; si alguna vez la religion cristiana pudiera perecer, por este flanco sería por donde se le infirieran las heridas mortales.» La prevision era exacta y se ha realizado. Leibnitz no se desconcierta, y pregunta: «¿Cómo es, pues, que los jesuitas enseñan esta doctrina?» Pellisson prescinde de la Compañía, y ataca el principio que se le imputa: «Si suponeis que la union con Dios, de la que cada cual es juez y árbitro, basta para salvarnos, suponeis que todas las religiones son buenas, sin exceptuar la pagana.» Ya tenemos al filósofo entre la espada y la pared; sus amigos los jesuitas vendrán en su auxilio. Hace distingos: ¡Dios le libre de decir que todas las religiones son buenas! Las hay erróneas. Pero ¿impide esto que se salven los que las siguen? ¿No puede ser invencible su error? La religion será mala, pero la contricion de los fieles borrarán los vicios de la fe y salvará á los creyentes (1).

Hasta aquí Leibnitz habla en nombre de los jesuitas. Cuando ya ha acostumbrado á su corresponsal á oír estas atrocidades, vuelve á tomar la cuestion por sí: «¿Basta para salvarse un verdadero amor de Dios en todas las cosas?» Responder terminantemente que sí hubiera sido desesperar al buen Pellisson y á las religiosas que se habían unido con él para salvar el alma de Leibnitz. «No me atrevo á decidir», dice. Hace despues una pequeña concesion para agradar á aquellas señoras: «Confieso que lo más

(1) LEIBNITZ, *Obras*, t. I, p. 62-98, 79-81 (edicion Careil).

seguro es buscar la verdadera Iglesia y escucharla cuando se la conoce, obedecer á los superiores en todo lo posible sin violentar su conciencia, y emplear cuidadosamente todos los medios de conocer las voluntades reveladas de Dios.» ¡Figúrense el éxtasis de las hermanas al leer estas palabras que rebosan ortodoxia! Ya creen que Leibnitz se ha salvado; no sospechan que aquel aleman tan humilde es un astuto diplomático. Luego viene un *pero*. «Pero cuando despues de buscarla no ha sido posible encontrar la verdad, ¿es posible la salvacion?» ¿Dirá por fin que *si*? Sí, pero dulcificándolo, como se endulzan las píldoras que se dan á los niños. Sigue siempre vacilante en sus consecuencias: «No pronunciamos, pues, resueltamente sentencia de condenacion contra nuestros hermanos, y contentémonos con decir que es peligroso verse privados de los medios ordinarios de la salvacion.» Habla el filósofo, pero el diplomático modera lo que su doctrina pudiera tener de duro para oídos católicos. Sin embargo, su pensamiento no puede ser dudoso. La creencia del catolicismo de que la salvacion solamente está al alcance de algunos fieles, supone que únicamente Roma posee la verdad. Pellisson escribe á Leibnitz que, de no admitir esto, es preciso creer que la verdad se halla repartida entre las diversas Iglesias, de donde se deduciria que no hay una que posea la verdad completa. Esto pone á Leibnitz en el caso de dar su opinion acerca de la famosa pretension de la Iglesia romana. ¿Qué responde? Nada; pero al márgen de la carta de Pellisson escribe: *Es posible* (1). Estas palabras contienen el verdadero pensamiento del filósofo. No podia conceder á una Iglesia el privilegio sobrenatural de ser el único órgano de la verdad eterna, y con este pretendido privilegio desaparece todo el edificio de la ortodoxia católica. Si cada secta posee una parte de la verdad, suficiente para la salvacion, ¿por qué no la ha de poseer la secta de los que no quieren afiliarse en ninguna secta? Por consiguiente, los filósofos, aún cuando no hacen profesion de cristianismo, pueden tambien salvarse. Hénos aquí en plena herejía, según los ortodo-

(1) Véase, acerca de este debate entre LEIBNITZ y PELLISSON, el tomo I de sus *Obras*, edic. Careil, p. 62-63, 79-81, 106-111.

xos; en plena verdad, según la creencia instintiva de la humanidad.

Insistimos en este punto porque es esencial, y porque debemos demostrar que Leibnitz está en la tradición ancha del libre pensamiento, y no en el círculo estrecho de una pequeña secta que se llama la Iglesia católica. Nada más interesante que poner frente al lenguaje que emplea el filósofo cuando escribe á Pellisson, el lenguaje sencillo y preciso de su correspondencia con Burnet, obispo anglicano, pero latitudinario, y por consiguiente filósofo á la manera de los cristianos; no se trata ya de cristianismo, sino de filosofía. «Nada, dice Leibnitz, sirve mejor á la *sólida devoción* que la *verdadera filosofía*, que hace conocer y admirar las maravillas de Dios, y que publica su gloria como se debe. Porque ¿cómo se puede amar á Dios y glorificarle sin conocer su belleza? Pero el objeto de todo es la práctica de las *virtudes morales* para el bien público, ó lo que es lo mismo, para la gloria de Dios.» ¿Qué hubieran dicho las buenas hermanas, que tanto se interesaban por la salvación de Leibnitz, si hubiesen leído esta profesión de fe? Nos conduce lejos, muy lejos, del cristianismo tradicional. La filosofía se convierte en la ley de salvación. No se trata ya de la gracia, ni de las virtudes teológicas, sino de seguir la ley del deber; no se trata ya de huir del mundo para amar á Dios; por el contrario, es necesario permanecer en él, porque trabajando por el *bien público*, se trabaja por la gloria de Dios. La piedad no consiste ya en mascullar oraciones dentro de un convento: «Creo verdaderamente piadosos, añade Leibnitz, á los que tienen grandes ideas sobre la sabiduría de Dios, y entusiasmo suficiente para hacer el bien, conformándose á su voluntad todo cuanto les es posible.» En fin, el egoísmo del cristiano que abandona la sociedad de sus semejantes para no pensar más que en la salvación de su alma, es reemplazado por la solidaridad humana: «No se puede trabajar mejor para su propia felicidad, dice nuestro filósofo, que trabajando por el mayor bien general, ó lo que es lo mismo, por la gloria de Dios» (1).

Hé aquí el verdadero Leibnitz: está de acuerdo con las aspira-

(1) LEIBNITZ, *Opera*, edic. Dutens, t. VI, p. 263, 264; 270.

ciones de la humanidad moderna. ¡Qué distancia entre este concepto de la vida y la creencia cristiana, por más que sea interpretada por Bossuet y Pellisson, cuya inteligencia no dejaba de tener elevación! El filósofo se cierne sobre todas las sectas cristianas, como el águila sobre las nubes que envuelven la tierra y la ocultan á la vivificante luz del sol. Unos propagandistas se esforzaban por conseguir su salvación; ¿y qué era la salvación á sus ojos? Consistía en recitar el *Credo* del catecismo romano. Para Leibnitz la salvación consiste en llenar la misión de pensador que Dios le ha dado. El grande hombre tiene la condescendencia de prestarse á este juego de conversión, pero su verdadero pensamiento estalla á pesar de su urbanidad. Volvamos un instante á su correspondencia con Pellisson. Empezó con un fin religioso, pero poco á poco se hizo científica; no se trató ya de la salvación, según el concepto cristiano, sino de los principios de la filosofía de Leibnitz. Pellisson se dejó arrastrar, después se censuró á sí mismo: «No nos hemos ocupado, dice, ni vos ni yo, más que de vuestra *dinámica*, sin pensar en vuestra conversión, que es el objeto de nuestros deseos.» Leibnitz le responde, bastante secamente, «que considera el cuidado de su salvación como el más esencial y más apremiante; pero que no ha hallado todavía una necesidad absoluta que le obligue á entrar en la comunión romana á toda costa.» La correspondencia continúa, pero versa bastante más sobre la *dinámica* que sobre la teología. Pellisson muere, y Leibnitz no está aún convertido. Tiene gran sentimiento por su amigo de Francia; pero ¿es por el bien espiritual de su alma, á la manera de los católicos? Escribió á la hermana Brisson, á aquella buena religiosa que quería á toda costa hacer la salvación del filósofo alemán, «que Pellisson le había hecho esperar algunas comunicaciones referentes á la *historia contemporánea* y á otros interesantes conocimientos.» Pide á madame de Brisson que le proporcione un nuevo correspondiente que pueda sustituir á su amigo académico (1). ¡Pobre madame de Brisson! ¡Creía que Leibnitz estaba en correspondencia con un *converso*, y tenía sed de convertirse igualmente, y se le hace saber que Pellisson servía de *periódico* ó de *revista* al pensador universal! Leibnitz

(1) LEIBNITZ, *Obras*, edic. Careil, t. I, p. 289, 306, 355.

hacía su salvación á su manera, satisfaciendo su sed de ciencia por todos los caminos posibles, y ha llenado bien su destino.

Se pregunta ¿cómo, separado por tan gran distancia de las almas pequeñas, que concentraban todos sus esfuerzos sobre su conversión, ha podido Leibnitz prestarse á esta especie de comedia? No se trataba únicamente de la salvación de un hombre; una vez que fuese ganando Leibnitz, se esperaba ganar el mundo protestante. Seguramente, el filósofo pensaba en la conversión de la reforma más que en la suya. ¿Por qué, pues, se embarcaba en este barco? Hemos puesto de relieve el lado honroso de estas negociaciones. Debemos añadir que tenía tal vez un móvil menos puro; Leibnitz era alemán y vivía en la corte de un pequeño príncipe de Alemania. Ahora bien: así como el genio alemán gusta de moverse en toda libertad en las alturas del pensamiento, así también los Alemanes en la vida real eran en el siglo XVII, y son hoy todavía con demasiada frecuencia, tímidos, humildes, obsequiosos, digamos la palabra, serviles. No nos atreveríamos á dirigirles esta censura, si ellos mismos no se la hubieran dirigido (1). Leibnitz trataba de estar bien con todas las potencias, y empleaba demasiada complacencia en servir las pequeñas ambiciones de sus príncipes. Las tentativas de conciliación de las confesiones cristianas estaban patrocinadas por un príncipe alemán: ¿no será ésta la explicación más natural del buen deseo y de la longanimidad que el filósofo mostró en toda la negociación?

Le perdonaríamos de buen grado esta excesiva facilidad, si en el curso de la discusión Leibnitz no hubiera hecho á sus adversarios concesiones que un filósofo no hubiera debido firmar jamás. Llega hasta á conceder que la Iglesia exterior, visible, es infalible en todos los puntos de fe que son necesarios para la salvación; y atribuye este dón sobrenatural á una asistencia especial del Espíritu Santo que se la ha prometido (2). Sabido es que hubiera aceptado, en caso de necesidad, el pontificado, si los sucesores de San Pedro hubieran querido transigir en algunas de sus preten-

(1) La *Deutsche Hunds-demuth*.

(2) LEIBNITZ, *Obras*, t. I, p. 118, nota 2. — LEIBNITZ *und Landgraf Ernst von Hessen-Rheinfels*, t. II, p. 19.

siones. En una carta á Fabricius nuestro filósofo prueba muy doc-
tamente, á la manera de los ortodoxos, que Dios, que ha querido la unidad al fundar su Iglesia, ha debido querer también un lazo exterior de esta unidad, porque es el único medio de conservarla (1). Es dudoso si lo decía de buena fe. ¿Creía lo que decía, ó no hacía más que un alarde de ingenio al buscar razones para el pontificado, del mismo modo que las encontraba para otras cosas? No nos atrevemos á responder que Leibnitz se reía de sus correspondientes, porque no se limita á admitir el principio, admite también las consecuencias. Una de las más funestas es seguramente el poder indirecto que la Iglesia reclama sobre lo temporal. Leibnitz deduce, y con razón, que la Iglesia puede prohibir á sus súbditos el obedecer á los magistrados, cuando éstos comprometen la salvación de las almas; en este caso los súbditos están obligados á obedecer á la Iglesia antes que á su soberano. El mismo, asustado de la concesión que acaba de hacer, presenta en seguida esta restricción: que la Iglesia no puede autorizar la rebelión (2). Pero desobedecer á la ley ¿no es un acto de rebelión? La resistencia, aún cuando sea pasiva, ¿no es un crimen? Leibnitz debía ir aún más lejos; si la Iglesia tiene un poder espiritual, si Dios se lo ha dado, si el Espíritu Santo dicta sus decisiones, preciso es que la razón se doblegue ante esta autoridad divina; desde este momento desaparece la libertad de pensar, así como la independencia del Estado; y en ese caso, ¿qué es de la filosofía?

No podemos explicarnos las extrañas concesiones que Leibnitz hace á la Iglesia, más que por un delirio de lógica. Hizo mal en dar el primer paso en este camino fatal; el primero arrastraba necesariamente al segundo. Sin embargo, Leibnitz no dió jamás este último paso: ésta es para nosotros una prueba cierta de que el primero no era sincero. Para comprender el verdadero pensamiento de Leibnitz es necesario dejar á un lado las negociaciones *irénicas*, y es preciso oírle cuando habla como filósofo. Entonces su lenguaje no difiere esencialmente del de Espinosa. Hacemos abstracción del concepto de Dios. Leibnitz es alemán y protestante; dos

(1) LEIBNITZ, *Epistol.*, edic. Kortholt, t. I, p. 15.

(2) LEIBNITZ á PELLISSON, *Obras*, t. I, p. 264.

razones, á falta de una, para que mantuviese alto y firme el principio de la individualidad. Pero si nuestro filósofo no enseña el panteísmo, tampoco participa de las ideas cristianas sobre su Dios verdugo y su Dios egoísta. Dice muy bien que los cristianos se han imaginado poder ser devotos sin amar á su prójimo, ó han creído poder amar á su prójimo sin servirle. Dios, para los más perfectos entre los perfectos, es un ídolo, al cual sacrifican todas las afecciones humanas, y este Dios, por su parte, sacrifica la inmensa mayoría de las criaturas á su gloria. Leibnitz dice también que la verdadera piedad consiste en el amor de Dios, pero, añade, un *amor ilustrado*. ¿Y qué entiende por esto? ¿Es el culto supersticioso del Hombre-Dios? ¿Es el amor del Dios de Nicea? Se debe amar, escribe al landgrave de Hesse, no á Dios, en cuanto ha tomado la naturaleza humana, sino más bien á Dios, en cuanto esencia divina, porque ella sola es completamente perfecta (1). ¿Y qué es esta caridad que Leibnitz ensalza sobre la fe? Nos ha dicho ya, y lo repite además muchas veces, que habla como filósofo: *amar á Dios, es servir á los hombres*. Hé aquí al verdadero Leibnitz; éste es hermano de Espinosa.

Esta noción de Dios y de la caridad conduce á bien distintas consecuencias que la doctrina estrecha de la ortodoxia cristiana. La Iglesia profesa que fuera de su seno no hay salvación. ¿Es ésta también la opinión de Leibnitz? Sería hacerle una injuria el suponerlo. Aun en su correspondencia con Pellisson, en que se muestra conciliador, se subleva contra unos sentimientos tan rencorosos como mezquinos. Quisiera al ménos salvar á los que están en un error *moralmente invencible*: «Condenarlos, dice, sería contrario al honor de Dios.» Pellisson contesta con esta vulgaridad de San Pablo: «¡Oh hombre! ¿quién eres tú para disputar con Dios? ¿El vaso de arcilla dirá al que lo ha formado: por qué me has hecho así?» ¿Qué sabemos, añade Pellisson, de la justicia de Dios? «Sabemos al ménos esto, responde Leibnitz, que no puede haber dos justicias, como no puede haber dos geometrías» (2). Frase pro-

(1) LEIBNITZ *und Landgraf von Hessen*, t. I, p. 251. — LEIBNITZ (*Obras Principios*, t. II, p. 3 y 4, edic. Charpentier).

(2) *Obras de LEIBNITZ*, ed. Careil, t. I, p. 115-117.

funda que destruye todo lo sobrenatural cristiano de la gracia, de la predestinación, y de la condenación, es decir, en otros términos, que la revelación cristiana que implica una justicia distinta de la justicia humana es una quimera. Luego la ley natural basta, lo cual nos conduce fuera del cristianismo á la filosofía.

V.

Si tal es la última palabra de Leibnitz, ¿qué debemos pensar de su conciliación entre la razón y la fe, entre el protestantismo y el catolicismo? Hemos dicho que estas transacciones no tienen ningún valor filosófico y que no satisficieron ni aún á los partidos religiosos. Para los católicos, es de completa evidencia; si dejaron á Leibnitz en paz, fué porque el filósofo alemán manifestaba gran respeto á la Iglesia, de modo que no perdieron jamás la esperanza de ganarlo. Los protestantes hubieran tenido más razón en quejarse, al ver á uno de los suyos tomar el partido del pontificado. Pero el odio hácia la Babilonia del Apocalipsis, hácia la gran prostituta, había sido reemplazado por la indiferencia. Había en la filosofía de Leibnitz principios más peligrosos, que comprometían lo mismo el cristianismo reformado que el catolicismo; pero Leibnitz no había tratado de la teología *ex profeso*, no había formulado jamás su filosofía, su cuerpo de doctrina, y trataba á la teología con tanto miramiento que difícilmente hubiera podido buscarle querrela. Encontró un discípulo en Alemania ménos diplomático ó ménos perspicaz. Wolf creyó hacer tal vez una obra muy cristiana demostrando los dogmas del cristianismo oficial por la filosofía matemática: no reparaba que al hacerla racional destruía la fe revelada. La facultad de teología de la Universidad de Halle se conmovió; lanzó sus rayos contra Wolf; esto era atacar á Leibnitz porque el discípulo no hacía más que reproducir el pensamiento del maestro, dándole al parecer el rigor de la geometría.

Es un acta de acusación en regla. La teodicea, esa gloria de Leibnitz, es atacada en sus bases. «¿Qué es un Dios que no es libre? es más bien la fatalidad que un Dios creador. Ahora bien, Leibnitz dice que Dios, al crear el mundo, ha debido escoger el